

Los pioneros del pensamiento socialista español

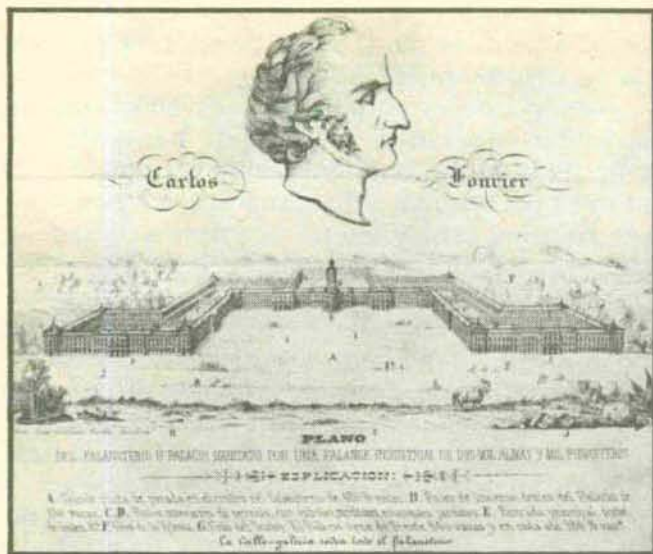
José Miguel Fernández Urbina

A mediados del siglo XIX el vocablo «socialismo» era relativamente reciente —no ya en España, sino en Francia o Inglaterra, países en los que este ideario germinó— y sus primeros y escasos usos a lo largo del último cuarto del siglo de las luces surgieron en el contexto de las polémicas sobre la preeminencia y legitimidad de lo individual o lo social en la vertebración de las sociedades, vinculados a esta última opción. Este perfil semántico fue haciéndose más explícito en los primeros años del siguiente siglo, siendo asumido por los seguidores de Owen para denominar así sus experiencias cooperativas y, posteriormente, por los de Saint-Simon y Fourier que le dotaron de un significado más preciso.

DE esta forma acabó por englobar a todas aquellas teorías y escuelas de pensamiento que, desde las más variadas perspectivas, cuestionaban los fundamentos ideológicos y sociales del liberalismo, rechazando de plano la relevancia que hasta entonces se había otorgado a los temas y soluciones políticas sobre las sociales para conseguir una más justa ordenación de las relaciones humanas. Generalizando, para los denominados socialistas, lo social debía predominar sobre lo individual y lo económico

sobre lo político; la tarea de los hombres de bien debía ser promover la felicidad y el bienestar general, lo que resultaba incompatible con cualquier orden humano fundado en la competencia entre sus miembros y en los sinuosos procedimientos de la política para dirimir sus diferencias.

En una primera aproximación tres podrían ser las características comunes a la multitud de escuelas socialistas anteriores a Bakunin y Marx: el armonismo social, el interclasismo y



Efigie de Carlos Fourier y plano del Falansterio.

el pacifismo como instrumento para conseguir sus objetivos reformadores que más concretamente, podríamos desglosar en otras siete cuestiones presentes con mayor o menor énfasis en todas ellas: continuadores de la lógica ilustrada, racionalistas, antiindividualistas, propagandistas apolíticos, confianza en la filantropía de los propietarios, desvinculación de las luchas obreras y determinismo, en gran medida generado por una fundamentación mística en su misión redentora del género humano, acorde con los designios igualitaristas del cristianismo primitivo, hasta el extremo de terminar por convertirse alguna de ellas en auténticas sectas religiosas o místicas, como en el caso de los saint-simonianos (1).

En la mayoría de los casos —como también ocurrirá con los españoles— los pensadores y propagandistas de estas escuelas procedían de las filas del liberalismo radical y del jacobinismo; y, socialmente, del abigarrado conglomerado de intelectuales, burgueses, artesanos y aristócratas hastiados de la vulgaridad y estrechez de miras en que se habían sumido los miembros de sus clases.

En los años precedentes a las conmociones revolucionarias europeas del 48 se hizo perceptible un significativo cambio en la estrategia de numerosos colectivos socialistas que abandonaron su, hasta entonces proverbial apoliticismo, pasando a propugnar una vinculación activa

(1) De la exhaustiva bibliografía sobre el socialismo «utópico» podemos destacar: Bravo, Gian M.: «Historia del Socialismo», Barcelona 1976; Dolléans, E.: «Historia del Movimiento Obrero», 3 v. Algorta, 1960; Morton, A. L.: «Las utopías socialistas», Barcelona, 1970; Pokrovski, V. S.: «Historia de las ideas socialistas», México, 1976; Cole, D. H.: «Los precursores, 1789-1850», México, 1970; Rema, C. M.: «Las ideas socialistas en el siglo XIX», Barcelona, 1975.

Debido al matiz despectivo que con el tiempo fue adoptando la calificación de «socialismo utópico» frente al de «socialismo científico», acuñado por Marx-Engels, preferimos hablar de «socialismo» sin más para todos los pensadores sociales anteriores a Marx, cuyas teorías de reforma social estaban vinculadas a opciones colectivas; y cuando utilizemos el término «utópico», lo haremos sin menosprecio, sino todo lo contrario.

con las luchas políticas, como en el caso de los Blanc, Blanqui, Lasalle, Flora Tristan, Buonarroti, Weitling..., constituyendo una especie de generación-tránsito entre los Fourier, Owen, Cabet, Saint-Simon y el socialismo posterior marxista. Asimismo a partir de estas fechas en torno a las tormentas del 48 puede establecerse la inflexión o inicio de la decadencia de las escuelas que siguieron fieles a la ortodoxia de sus maestros fundadores: la confianza en que era factible la instauración de un mundo armónico y justo gracias al convencimiento y persuasión de los poderosos, se resquebrajó.

Este esquema de la trayectoria del socialismo europeo anterior al 48 es aplicable al caso español, donde las primeras teorías se difunden mediada la década de los años treinta del siglo XIX; es decir, simultáneamente al convulsivo proceso de consolidación del régimen liberal y los primeros pasos de la maquinización intensiva de la industria textil catalana. El retraso de la industrialización en España, en relación con otros países europeos, y el que ésta estuviera centrada casi exclusivamente en Cataluña hasta finales de siglo influyó, lógicamente, en el escaso relieve que alcanzaron las producciones teóricas de los socialistas utópicos españoles, ya que la reflexión sobre la problemática de las clases obreras resultaba menos motivada que la derivada de la sustitución del antiguo orden absolutista por el nuevo régimen liberal, tema que absorbió a la mayoría de los intelectuales y políticos de esa época. Sin embargo, paradójicamente, esta preeminencia reflexiva sobre los temas políticos y el retraso industrializador suscitó en los escasos pensadores españoles que se vincularon al naciente pensamiento socialista a examinar la problemática del nuevo orden económico capitalista con enfoques más concretos y más vinculados a las realidades inmediatas que los de sus homónimos europeos, en muchos casos entregados a fantásticas construcciones mentales, muy hermosas e imaginativas pero despegadas de las gentes que aspiraban a redimir, o, aún más, ubicadas en lejanos paraísos redentores a los que sólo podían acceder una minoría de aventureros, como fue el caso de la Icaria cabetiana.

Geográficamente, las primeras manifestaciones teóricas socialistas aparecieron en la comarca de Cádiz, a partir de 1836, de la mano de Abreu, de filiación fourierista. Poco después, en la siguiente década, es en Barcelona donde arraiga la corriente cabetiana, y hacia la mitad de los cuarenta en Madrid se consolidó el denominado «Núcleo socialista madrileño», con los Garrido, Cámara, Beltrán del Rey..., constituyendo éstos la ramificación más sugerente del pensamiento socialista español, aunque a partir de su inicial fourierismo fueran luego asimilando otros enfoques procedentes de Proudhon, Blanqui y otros, y acabasen inte-

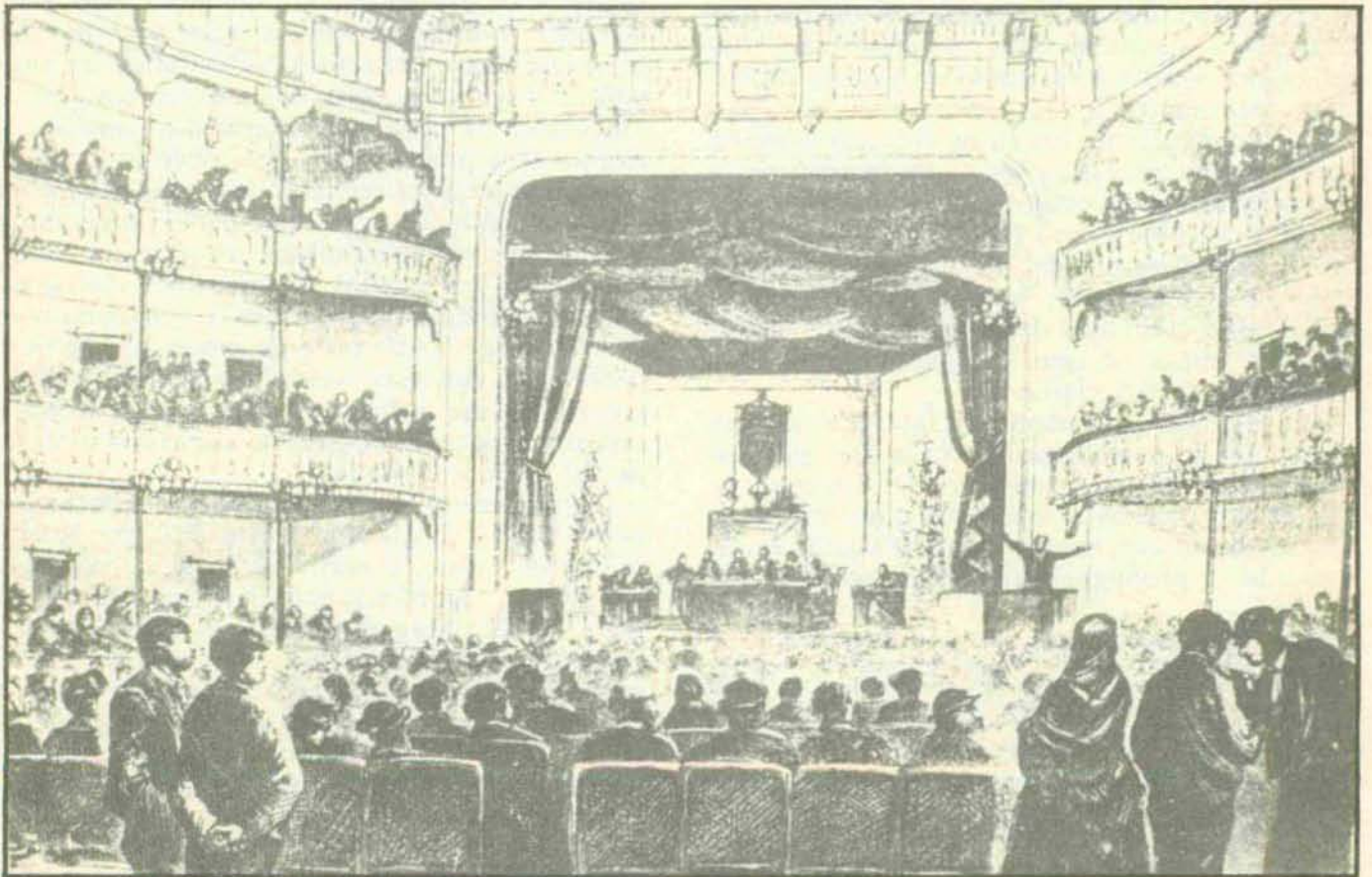


Disturbios en Barcelona en agosto de 1835. («Motín en la Rambla», cuadro de J. Arreu, Museo de Historia de la Ciudad.)

grando las filas del partido demócrata ya lejos de la ortodoxia de Fourier.

Además de estos núcleos o escuelas, estaba la solitaria, prolífica e itinerante figura de Ramón de la Sagra, unánimemente reconocido como el más original y profundo de los pensadores sociales españoles de la primera mitad de siglo, que resulta imposible de adscribir a una ortodoxia porque es muy variada la influencia que se detecta en su copiosa obra, no exenta de un marcado cariz autodidacta.

Las teorías de Fourier, o mejor el enfoque fourierista, salieron por primera vez a la luz pública en una serie de cinco artículos publicados en el diario progresista de Barcelona «El Vapor» con el seudónimo de «Proletario», bajo el que se amparaba la persona de Joaquín Abreu, entre 1835 y 1836. Abreu, nacido en Tarifa en 1782 en el seno de una familia acomodada, se inició en la vida profesional como militar, carrera que abandonó al filo de los cuarenta años para dedicarse a la política, primero, y a la difusión del ideario de Fourier, después. Vinculado a la fracción más radical del liberalismo conoció su primer exilio al regreso de Fernando VII. Con el pronunciamiento de Riego, le llegó la oportunidad de regresar a su tierra, siendo elegido diputado a Cortes en 1822, en donde desplegó una importante labor legislativa sobre asuntos de comercio y agricultura. Al ser uno de los diputados que votaron a

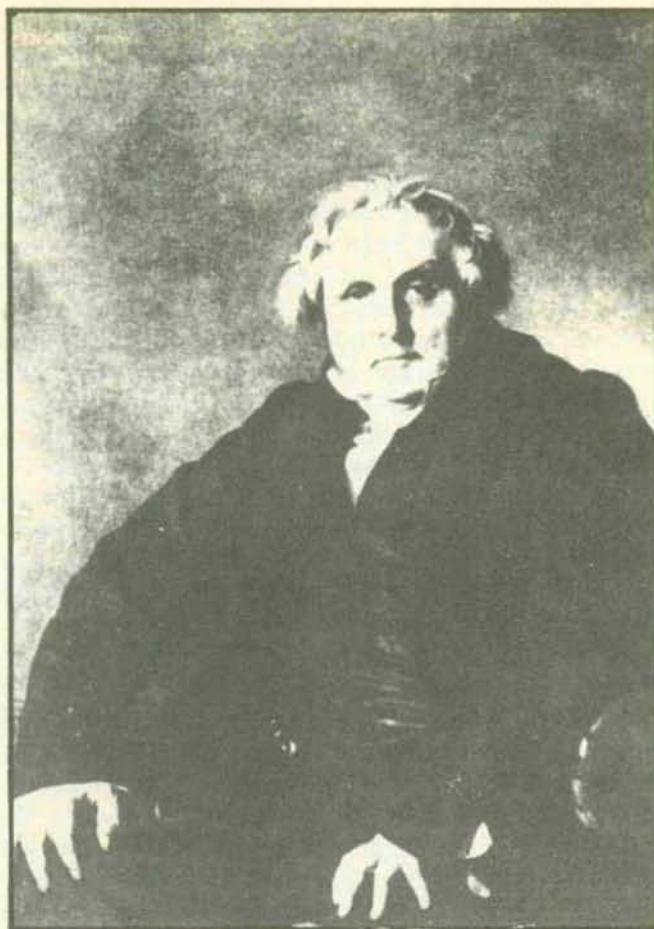


Primer Congreso de Obreros celebrado en Barcelona en 1870. (Litografía de la época.)

favor de la deposición del monarca absolutista se vio forzado a exiliarse de nuevo cuando éste reinstauró su régimen en 1823. Viviendo en Francia tuvo la oportunidad de conocer personalmente a Fourier, en 1833, del que se hizo un entusiasta discípulo y participó en el experimento de un falansterio, donde intimó con destacados seguidores de Fourier, como Considerant, Devay y otros. Regresa a España a la muerte de Fernando VII, instalándose en Cádiz y, desde entonces hasta su muerte en 1851, se dedicó de lleno a difundir el pensamiento de su maestro. Como hemos indicado más arriba, esta misión comenzó con una serie de cinco artículos en el periódico «El Vapor» que ya habían sido publicados con anterioridad en un pequeño periódico de Algeciras llamado «El Grito de Carteya», sin que apenas trascendieran, al contrario de lo sucedido en el periódico barcelonés.

En ellos examinó «Proletario» desde la óptica fourierista temas como la miseria obrera, la ley electoral, la familia armónica y el incendio de la fábrica Bonaplata en una confusa revuelta luddita, siendo este último el que encolerizó a la patronal y a las autoridades.

Sin citar el nombre de Fourier, expuso las teorías de éste sobre la asociación del capital, el trabajo y el talento, los tres factores concurrentes a la producción de mercancías, cuyo fruto debía ser distribuido equitativamente en



Claude Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825).



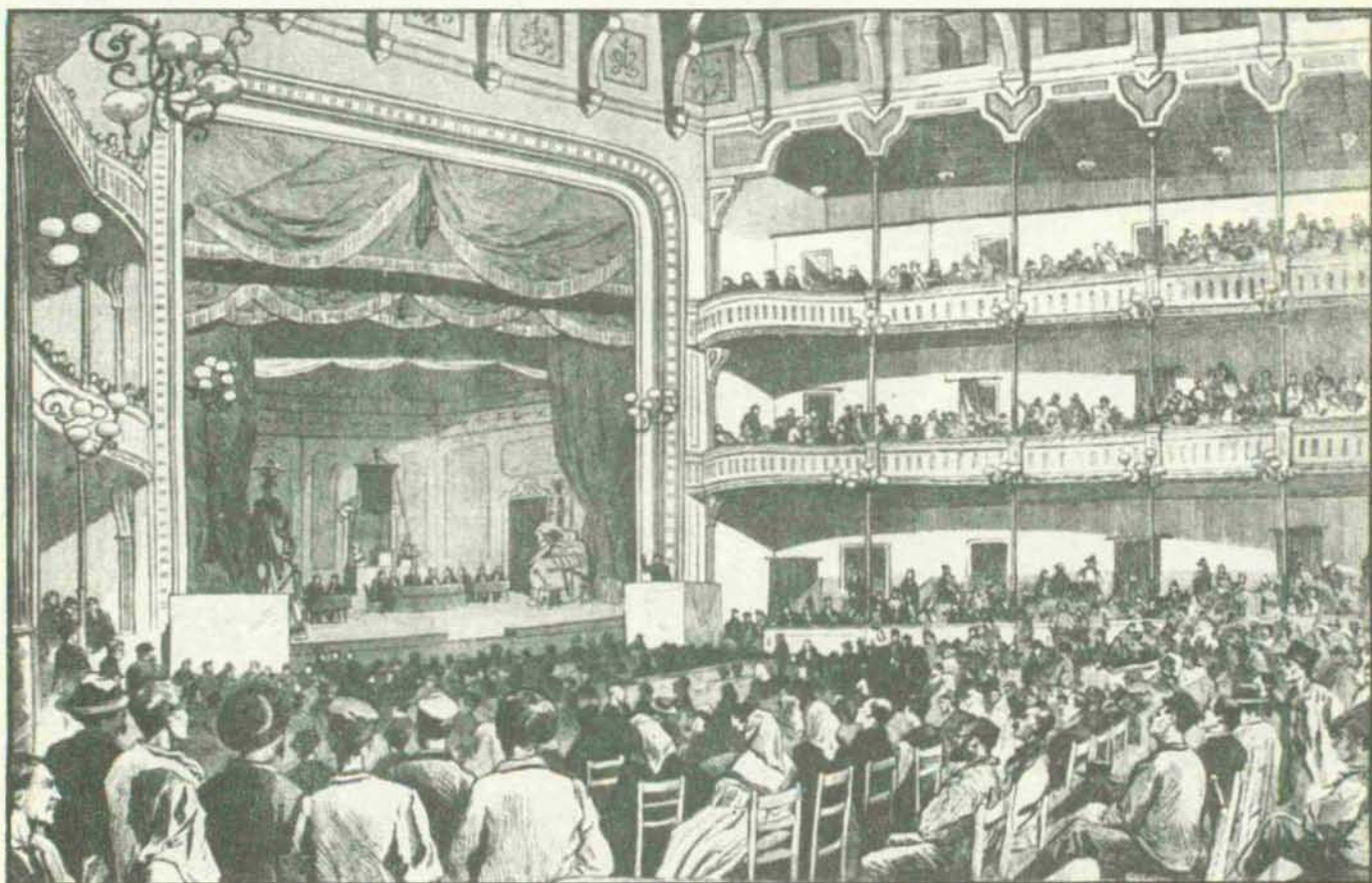
LA FRATERNIDAD, escuela de obreros fundada por el ciudadano Diego María de Quesada en Madrid (Arco de Santa María, 3). Litografía del siglo XIX.

«un reparto proporcional a las funciones de cada uno», pero, sin embargo, proseguía «Proletario», la alianza del capital y el talento, éste a sueldo del primero, determinaban para el tercero de los factores una situación de injusta dependencia: el trabajador, acosado por la necesidad de satisfacer sus necesidades más elementales, se veía forzado a trabajar y recibir «no sobre la parte del fruto que le correspondiera, sino por lo indispensable para mantener miserablemente su existencia». Esta injusticia debía resolverse mediante la asociación armónica de los tres factores, en un orden económico nuevo que asegurara proporcionalmente el reparto equitativo de los frutos de la producción.

En los restantes temas abordados por los artículos, «Proletario» siguió aplicando la perspectiva fourierista para explicar cómo, por ejemplo, la política era ajena a los intereses de los trabajadores; a éstos lo que realmente debía preocuparles era la transformación del sistema vigente por otro en el que el «trabajo atractivo» suprimiera el enajenante vínculo que ataba al trabajador a un solo oficio, a una sola actividad de por vida. Pero como si estos inéditos planteamientos en la prensa española de 1835 no fueran de por sí un revulsivo que los hiciera indigeribles al apenas estrenado liberalismo, Abreu llevó su osadía al extremo de analizar la quema de la fábrica Bonaplata en el artículo publicado el 27 de enero de 1836, si-

tuando este acontecimiento en un contexto económico en el que «la distribución no es equitativa, llevándose la mayor parte el capital», el cual, para aumentar todavía más su cuota en detrimento de la de los trabajadores, introducía maquinaria; así «el proletario (que) sufre por su aumento de escasez, mira con disgusto la causa de su mal, y la rompe y desbarata cuando otra fuerza superior a la suya no se lo impide. Esta es la causa verdadera del incendio citado; y si bien se deja ver que los medios empleados para impedir su reproducción no son los que requiere la razón...». Ello colmó con creces la no muy generosa paciencia de los empresarios catalanes que clamaron indignados contra estos escritos; el director de «El Vapor» se vio obligado a revelar la procedencia de los artículos y a no publicar ninguno más. Posteriormente entre 1835 y 1837, en «El Vapor» y en «El Propagador de la Libertad» aparecieron irregularmente colaboraciones de signo saint-simoniano, obviamente menos transgresoras que las de «Proletario».

A pesar de estos reveses Abreu no desmayó en su empresa y aunque se han perdido bastantes artículos que posteriormente siguió publicando, se conocen otros como los titulados «Sobre Fourier y su escuela» (21-XII-38), «Socialistas modernos. Fourier» (12-11-39) y la serie de tres artículos «Fourier» (entre marzo y abril de 1842), todos ellos en las páginas de «El



El Primer Congreso Obrero de Barcelona, según litografía de «La Ilustración Española y Americana».

Correo Nacional», dirigido por Andrés Borrego; también son conocidos los de otra serie sobre Fourier publicados en el periódico progresista de Cádiz «El Nacional», y dos más publicados en «La Organización del Trabajo», periódico fundado por Garrido en 1848, en Madrid.

Debemos reseñar que Abreu, como posteriormente, «el núcleo socialista madrileño», a pesar de mantener una fidelidad a la ortodoxia fourierista, apenas abordó las cuestiones fantásticas o imaginativas que tanto preocuparon a su maestro, como la teoría de las series o la cosmogonía, ni resaltó la aguda y corrosiva crítica de Fourier sobre la moral social, la institución matrimonial o los usos amorosos establecidos y sancionados. Esto será una constante de la mayoría de los utopistas españoles, que menguará la originalidad y vivacidad de su no muy prolífica obra escrita; pero, a modo de compensación y en no poca medida a causa de la cerrilidad de las clases dominantes, irán más lejos que el propio Fourier en la denuncia de la miserable situación a la que estaban sometidos los trabajadores; además, tampoco mostrarán el rechazo, rotundo y lúcido, con la revolución francesa de Fourier (4).

La labor divulgativa de Fourier, emprendida por Abreu comenzó a interesar a gentes preocupadas por las brutales consecuencias de una industrialización que sólo beneficiaba a los grandes propietarios, mientras sumía en el paro y las jornadas extenuantes de trabajo a los asalariados, bien fueran hombres, mujeres o niños, además de desgarrar una cultura y un sistema de valores que, aunque caduco, había servido para cohesionar a la sociedad española durante siglos. De esta forma, ya en 1837, funcionaba un colectivo fourierista en Cádiz, que mediante conferencias y tertulias divulgaban el ideal falansteriano. Algunos de sus miembros más destacados eran Faustino Alonso, Pedro Luis Huarte, Manuel Sagrario de Veloy y Fernando Garrido, siendo este último uno de los más tardíos en incorporarse al grupo, pero el



Carlos Marx en Londres en 1875.

más relevante en cuanto a la posterior difusión del fourierismo en el resto de España.

Como es sabido, la piedra angular de la alternativa de Fourier era el falansterio, lugar llamado a propiciar la asociación de los tres factores productivos (el capital, el talento y el trabajo) y ámbito en el que habría de constituirse el nuevo tipo de vida, trabajo y moral fourierista..., entre otras muchas de las virtudes del imaginativo, poético y difícilmente reducible a pocas palabras, falansterio. Pues bien, acorde con tales designios del maestro los utopistas españoles también estaban convencidos de su factibilidad y, sobre todo, de su ejemplaridad propagandística, puesto que una vez que se fundase uno todo su entorno apreciaría las ventajas y se aprestaría a organizar otros falansterios. Sagrario de Veloy, perteneciente al grupo de Cádiz y acaudalado propietario, abandonó sus negocios en 1841 para forjar el primer ensayo de falansterio en España, siendo por lo tanto, uno de los escasos filántropos en los que tanta confianza había depositado el fourierismo, persuadido de la innata bondad de los humanos. En 1841 presentó una detallada exposición a la Diputación de Cádiz sobre las normas que habrían de regirlo y los fines que se proponía, sin que encontrara eco alguno en las autoridades, igual que al siguiente año cuando presentó el proyecto a las Cortes (5). Tras estos fallidos intentos, no se

(2) La bibliografía sobre el socialismo utópico español no es muy abundante, y de la que hay sobresalen:

Elorza, A.: «El fourierismo en España», Madrid, 1975; Elorza, A.: «Socialismo utópico español», Madrid, 1970; Elorza, A.: «Sexto Cámara y el primer socialismo español» en «Teoría y Sociedad. Homenaje al profesor Aranguren», Barcelona, 1970; Maluquer de Motes, J.: «El socialismo en España», Barcelona, 1977; Zavala, I.: «Románticos y socialistas. Prensa española del siglo XIX», Madrid, 1972; Ollé i Romeu, J. M.: «Introducció del socialisme utopic a Catalunya», Barcelona, 1969.

También puede consultarse mi tesis de licenciatura: «Sexto Cámara, un utopista revolucionario», Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Madrid, 1980.

(3) Estos artículos han sido reproducidos en Elorza: «El fourierismo en España», págs. 2-10.

(4) «Tras la catástrofe de 1793, las ilusiones se desvanecieron (...) no podía esperarse ninguna felicidad de todas las luces adquiridas», Charles Fourier «La armonía pasional del nuevo mundo», Madrid, 1973, pág. 51; «¿Acaso el nuevo aspecto de los indigentes que llenan las ciudades no demuestra que los torrentes de luces filosóficas no son más que torrentes de tinieblas», *Ibid.*, pág. 66.

(5) El texto del proyecto de falansterio auspiciado por Sagrario de Veloy ha sido reproducido por Elorza en «Socialismo...», págs. 61-65.



Conferencias obreras de San Isidro. (La enseñanza del trabajador había servido con anterioridad a 1868 al proceso de toma de conciencia de la clase obrera.) Litografía de la época.

conocen otros posteriores, aunque no por ello cesase la divulgación del ideal falansteriano a la espera de crear las condiciones propicias para su materialización.

En esta faceta destacaron los discípulos de Abreu, Huarte y Garrido, siendo este último el que se trasladó a Madrid, en 1845, para difundir desde la capital del reino las ideas del grupo gaditano; para ello fundó dos periódicos, con la ayuda del joven Sixto Cámara y otros jóvenes sensibles a la miseria del pueblo trabajador. Sus títulos fueron «La Atracción» (1847) y «La Organización del Trabajo», clausurado gubernativamente al poco de su aparición, como sucederá con los restantes que fundaran hasta 1854 el tándem Cámara-Garrido. Es perceptible desde los primeros ejemplares, y aún más en los periódicos posteriores de este prolífico grupo madrileño, un matiz distinto del de la ortodoxia fourierista, cada vez más impregnado de enfoques políticos. Los socialistas madrileños estarán tiempo después en la fundación del partido demócrata; Cámara y Garrido acabaron por abandonar su apoliticismo, persuadidos de que no podían introducirse reformas sociales sin antes democratizar el régimen político y esto pasaba por la proclamación de la República.

Mas para estas fechas ya había recorrido un

extenso y creativo trecho Ramón de la Sagra, quien jamás consiguió organizar una escuela de seguidores a pesar de ser el que lograrse «la única síntesis doctrinal autónoma en el marco del pensamiento social de la España de la primera mitad del ochocientos» (6) o de que «su análisis del capitalismo reciente y sus alegatos contra la explotación, sobre todo, por lo que se refiere a sus formas más descarnadas, es seguramente el más lúcido que se realizó en la España del siglo XIX» (7).

Este insólito personaje, que continuamente formulará convincentes llamamientos a las instancias del poder isabelino sobre la necesidad de introducir mejoras o reformas que amortiguasen los motivos de conflictividad social, y que por supuesto, no fue escuchado, será además el teórico social español más viajero y cosmopolita, guiado por su afán de observar y estudiar directamente lo que sucedía más allá de los Pirineos. Y lo hizo demostrando una amplia preparación científica interdisciplinar, abordando una exhaustiva gama de temáticas, desde las estrictamente científico-naturales a las históricas, educativas, socioeconómicas, e in-

(6) *Ibid.*, pág. 65.

(7) Maluquer, *op. cit.*, pág. 216. Este autor dedica un amplio capítulo de su obra a un exhaustivo estudio de la evolución doctrinal de La Sagra.

cluso, parece ser que, contra lo generalmente aceptado, fue también el primero en dar a conocer en España las ideas filosóficas de Krause, tras años antes de que Sanz del Río fuera pensionado para estudiarlas en Alemania. Desde luego este bagaje de erudición no pasó desapercibido... en Europa —ya que no en su país—, donde algunos de sus estudios fueron traducidos a varios idiomas; siguiendo con las singularidades de La Sagra, tampoco podemos olvidar su faceta de empresario innovador que incorporó avanzadas técnicas de explotación en la industria azucarera (8).

Sin embargo, al final de su vida a partir de 1856, arruinado y decepcionado con la esterilidad de su magna tarea, pues nadie prestaba atención a sus elaborados estudios, frustrado y amargado, en definitiva, acabó sumiéndose en un artificioso misticismo católico y en un ideario político-social integrista, dando un giro copernicano a su anterior trayectoria intelectual. Mas, para esa fecha, de su pluma ya había surgido una amplia obra entre la que destacan sus «Lecciones de economía social» (1840), la monumental «Historia física, política y natural de la isla de Cuba» (13 volúmenes, 1842-1861), la «Revista de los intereses materiales y morales» (1844) y sus célebres «Aforismos sociales» (1849).

Junto a Fourier fue Cabet el único pensador utópico europeo que logró una cierta audiencia en España. Si el fourierismo había arraigado en la comarca de Cádiz, donde residía una próspera burguesía comercial de honda raigambre liberal, el ideario cabetiano fecundó en Cataluña, única región donde existía un importante contingente proletario.

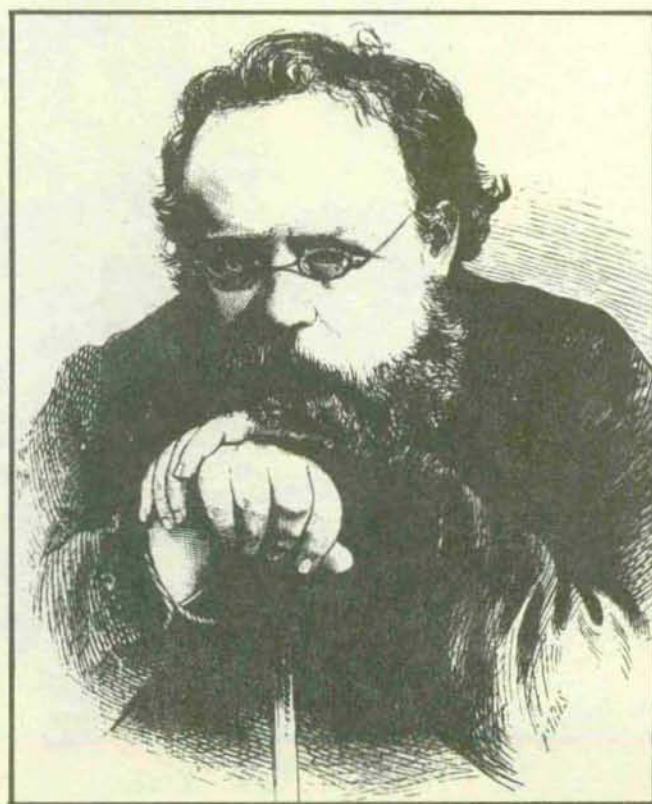
Como es sabido la utopía icariana simultaneaba un igualitarismo radical con un no menos radical pacifismo; de tal manera que si escapando a sus intenciones, servía para perpetuar el orden clasista vigente al proponer la resolución de los antagonismos sociales en un marco lejano, la Icaria, cuyo influjo estaba llamado a generalizar esta experiencia y cambiar la faz de un mundo marcado por la explotación, a la vez introducía entre los trabajadores la más vehemente de las utopías igualitarias: el comunismo. De esta ambivalencia no escapó ni el propio Cabet que fue expulsado por sus discípulos de la colonia de Icaria en Texas, en 1856, en medio de un lastimoso fracaso de la experiencia que había movilizó a entusiastas de numerosos países. Este imprevisible desenlace queda reflejado en el destino de los dos catalanes que participaron en la Icaria: Rovira se suicidó y Montalvo no cesó de conspirar contra Cabet.

Los primeros indicios del ideario cabetiano en España los detectamos en 1839, en Barcelo-

na, año en el que se publicó la traducción de su obra sobre la revolución de 1830 en Francia, aunque este escrito no fuese en realidad representativo de su credo comunista, cosa que sí sucedió dos años después cuando, también en Barcelona, se anunció la venta de sus «Doce cartas de un comunista...». Estas traducciones de Cabet y de otros socialistas europeos estaban animadas y amparadas por sectores del republicanismo catalán, pero no porque hubiera asumido tales ideas, sino como recurso para atraer a sus filas al incipiente asociacionismo obrero. Incluso, el propio Cabet manifestó abiertamente la escasa simpatía que sentía hacia los republicanos catalanes en un artículo que escribió analizando los acontecimientos revolucionarios de 1842 en Barcelona. Desde su óptica pacifista y apolítica, recusaba el insurreccionalismo republicano, llegando a insinuar que éste podía estar haciendo el juego a oscuros intereses (9).

El fracaso de dicha asonada obligó a muchos republicanos catalanes a tomar el camino del exilio y al llegar a Francia se acogieron a la solidaridad de los grupos comunistas cabetianos, lo que impregnó a alguno de ellos de sus ideas, hasta el punto de que Terradas y otros españoles fueron detenidos en unión de otros franceses bajo la acusación de pertenecer a la

(9) «Está claro "El Republicano" predicaba abiertamente la insurrección y la policía lo toleraba. ¿Era un instrumento involuntario o voluntario de la policía, de los ingleses, de los carlistas, de los cristianos o de alguna potencia?», Cabet. Citado por Elorza «El Socialismo...», pág. 100.



Pierre Joseph Proudhon (1809-1865).

(8) *Ibid.*, págs. 204 y ss.

asociación secreta de «Los Comunistas». Tal y como puso de relieve Iris Zavala (10), de las declaraciones vertidas en el proceso de Toulouse, se desprende que efectivamente se trataba de un grupo de cabetianos, aunque en el caso de Terradas, buen conocedor de la obra de Cabet, no coincidiera con su ideario.

Los animadores del inicial grupo cabetiano eran, en su mayoría, antiguos republicanos procedentes de profesiones liberales: abogados como Monturiol, el inventor del ictenio, y miembro más destacado del grupo, Pedro Montaldo; médicos o estudiantes de medicina, como Rovira, Suñer y Capdevilla; militares ilustrados, como Francisco José Orellana... aunque también los hubo procedentes de ambientes artesanales y obreros, como Clavé, el fundador de los coros.

Los cabetianos catalanes forjaron dos soportes para difundir su ideario: en primer lugar, la traducción y edición de las obras de su inspirador, y, en segundo lugar, la fundación de una publicación periódica que llevó por título «La Fraternidad», la cual fue suspendida gubernativamente un año después de su primer ejem-

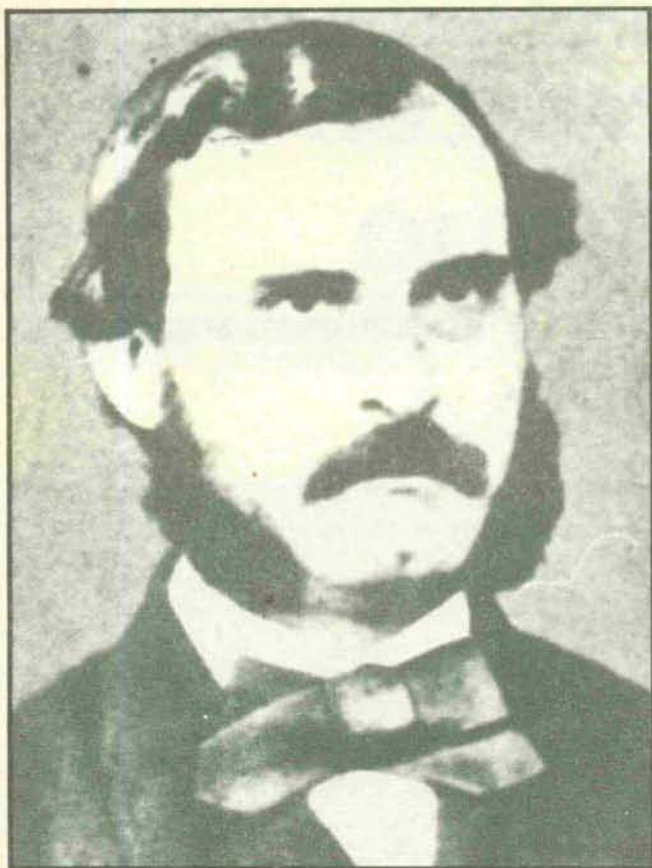
plar, en 1868. En ella, básicamente, se recopilaron artículos ya publicados en «Le Populaire» de Cabet, mientras que lo elaborado por los catalanes fueron casi exclusivamente poemas, cartas y textos similares, huérfanos de rigor doctrinal y atravesados de veneración hacia el maestro.

La aparición de «La Fraternidad» significó, además, la consumación de la ruptura entre icarianos y republicanos catalanes, reflejada en la reiterada crítica que albergaban sus páginas a los procedimientos insurreccionales para alterar el sistema establecido, tan gratos a los republicanos. Por otra parte, al proponer en un país lejano la resolución de los problemas sociales les ganó a los cabetianos la animadversión del clandestino asociacionismo obrero, que obviamente no estaba en condiciones de embarcarse masivamente a la búsqueda de la Icaria. Mas este planteamiento era harto difícil de sostener bajo un régimen político controlado por el partido moderado, que había restringido el marco liberal a unos niveles próximos a los del pasado absolutista. Así, no es de extrañar que en marzo de 1848 «La Fraternidad» se descolgase con un entusiasta saludo a la revolución del 48, en Francia, lo que le costó la suspensión, ni tampoco que el dirigente cabetiano

(10) Vid. Zavala, I: op. cit., págs. 132-133.



Huelga general de mayo de 1890 en Vizcaya. (De «La Ilustración Española y Americana».)

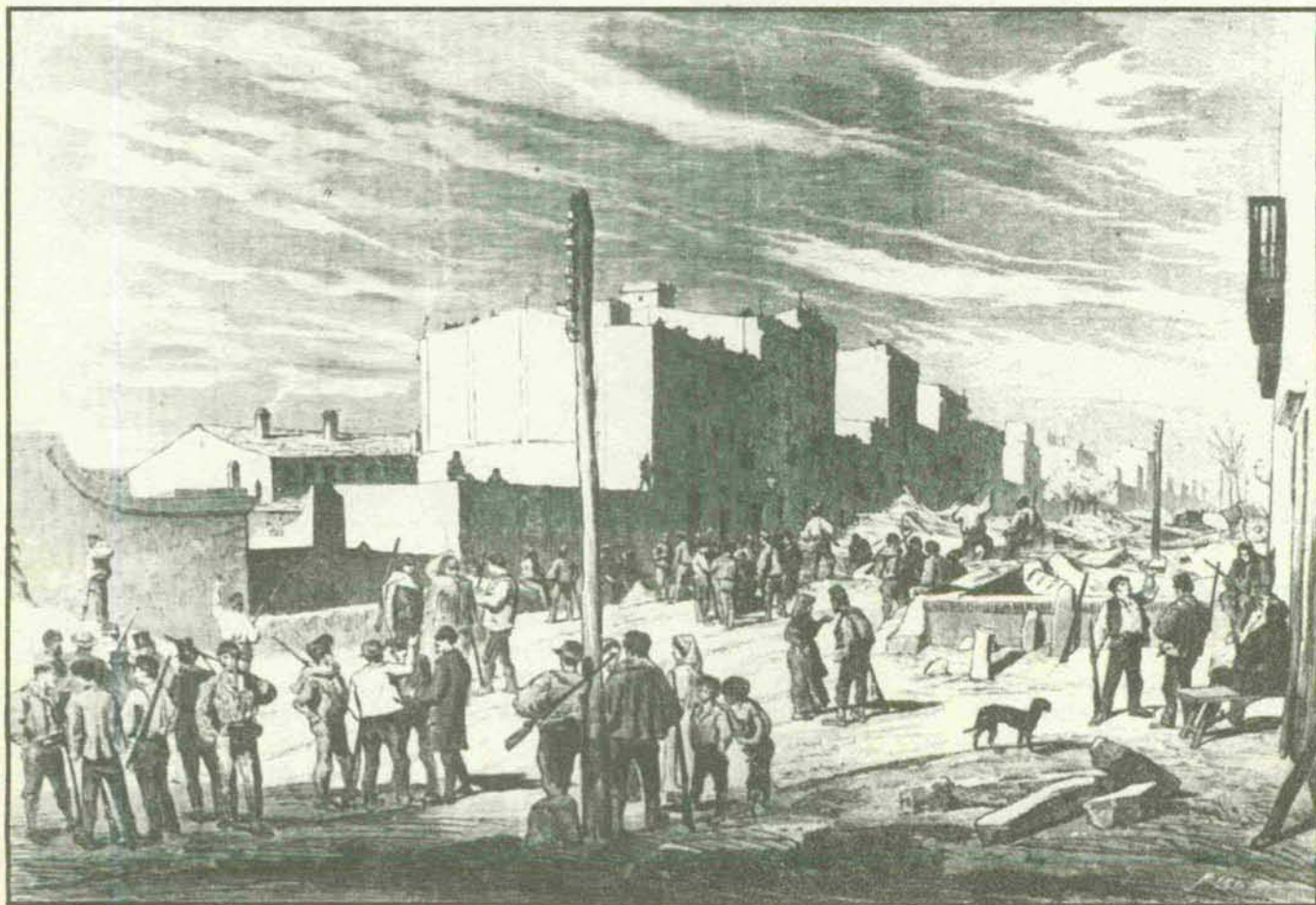


Narciso Monturiol (1819-1885).

Monturiol se ofreciera al infatigable conspirador Terradas para colaborar en la insurrección que preparaba.

Finalmente, no podemos olvidar que estos acontecimientos eran coetáneos con los primeros descalabros sufridos por la experiencia icarriana en Texas, que enfriaron las ilusiones de los cabetianos que permanecían expectantes en Europa, y ello, posiblemente, explique el tono moderado y escéptico con que Monturiol reanudó la difusión del ideario cabetiano fundando en octubre de 1849 un nuevo periódico, «El Padre de Familia», que aguantó hasta marzo-abril del año siguiente en que fue denunciado, procesado y condenado.

La suspensión de esta cautelosa publicación, pletórica de artículos moralistas y la cerrazón todavía mayor del régimen moderado como reacción defensiva a las tormentas revolucionarias de 1848, acabaron por inclinar a la mayoría de los cabetianos catalanes en una dirección distinta a la de su apoliticismo y pacifismo originarios: en dirección al recién constituido partido demócrata cuyo objetivo primordial era la lucha política e insurreccional para derribar el régimen isabelino. Lo mismo había sucedido con los socialistas madrileños. ■ J. M. F. U.



Aspecto de la barricada de Sans, momentos antes de ser atacada por las tropas durante los sucesos de Barcelona de 1835. (Litografía de la época.)